por soberano. Esperaba, decía, que su manera de ver las cosas sería "conforme a las miras sabias y elevadas de aquél de quien me glorío de ser discípulo".

En las Tullerías, en Viena, en Miramar, se daba la cosa como hecha. No obstante, Metternich, en una carta a Rechberg, se mostraba reservado. "¿Cuántos cañonazos serán necesarios para darle un emperador a México y cuántos para sostenerlo allí?" Pero la suerte estaba echada.

## VI

## EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES LE ABRE EL CAMINO AL EMPERADOR DE MÉXICO

CUANDO LOS REPRESENTANTES de las tres potencias aliadas se encuentran en Veracruz para fijar el monto de las reparaciones que le exigirán al gobierno de Juárez, inmediatamente surgen dificultades. Inglaterra reclama ochenta y cinco millones, España cuarenta y Francia ciento treinta y cinco, comprendiendo esta última cifra sesenta millones por los daños causados en lo que respecta a los franceses (hay veintitrés), y setenta y cinco millones que es el monto de las exigencias del banquero Jecker. Protestan los ingleses y los españoles: se juzga exagerada la primera suma y rechazan la segunda, argumentando que allí se trata de un crédito usurario declarado "vergonzoso" por el representante británico, y que por lo demás no era francés, ya que Jecker era suizo y todavía no se naturalizaba.

Mal se anuncian las discusiones y el acuerdo parece lejano. Sin embargo, es necesario proceder de prisa. El clima de Veracruz es malsano. De los pantanos se exhala una humedad que provoca fiebres y de allí a poco hará estragos el temible *vómito negro*. Ya el estado sanitario de los contingentes empieza a causar inquietud. Los plenipotenciarios logran entenderse a lo menos sobre un punto: Intentar obtener de Juárez campamentos en una región más salubre, es decir, elevada y alejada de la costa. Se le encarga a Prim la negociación.

Impresionado por el desembarco de los aliados, Juárez se muestra conciliador. Admite el principio de la discusión acerca de la reparación de daños, acepta la demanda presentada por Prim, y luego señala algunos campamentos: Orizaba, Tehuacán,

Córdoba. Su portavoz, el general Doblado, se entiende muy bien con su colega español. Ambos hablan la misma lengua, lo que facilita las cosas, y llegan a un acuerdo. Aun cuando se toma una decisión. No se emprenderán las hostilidades antes del 15 de abril, a fin de darles a los gobiernos de las tres potencias tiempo para impartir sus instrucciones. Hasta esa fecha, la bandera mexicana flotará al lado de las banderas aliadas, tanto en Veracruz, como en los nuevos campamentos militares. Este convenio, llamado de *La Soledad,* fue firmado el 19 de febrero de 1862.

En París se conoce hasta el 18 de marzo, porque las relaciones entre América y Europa son lentas. Y es acogido muy mal. Ése es un acto que implica el reconocimiento del gobierno de Juárez. Ahora bien, desde la llegada a México del almirante Jurien de la Gravière, las instrucciones oficiales prescriben la marcha sobre México (D. F.), la reunión de una asamblea de notables, la proclamación de la monarquía y la elección de Maximiliano. En uno de sus despachos, el ministro de Asuntos Extranjeros, Thouvenel, indica que el cobro de los créditos y las reparaciones son el objetivo "aparente" de la expedición, en tanto que el ministro de Marina precisa que el "objetivo" real es la instauración de un régimen nuevo y estable.

Habiendo sabido que el contingente español, seis mil hombres, era muy superior en número al contingente francés, Napoleón decidió enviar un refuerzo de tres mil quinientos hombres que mandará el general de Lorencez. Teme que Prim vuelva en su provecho el éxito de la empresa. En los periódicos de la Habana, se le califica ya de "nuevo Hernán Cortés", lo que inquieta al emperador el cual no ignora las miras orleanistas de los ministros españoles O'Donnell y Calderón Collantes que ven allí un medio de reconquistar a México.

Con los refuerzos franceses había partido Almonte, uno de los más activos entre los emigrados, uno de los que tomaron parte en las conferencias con Maximiliano, y de los que empujaban al emperador a una intervención, de la que aseguraba que resultaría victoriosa.

Llegado mientras tanto el anuncio de la intervención, suscita en Napoleón una irritación muy viva. Sin esperar los despachos oficiales, sin esperar a tener en la mano el texto auténtico de ese documento, toma medidas rigurosas: se desautoriza al almirante Jurien de la Gravière. No conserva sino su mando naval y, por otra parte, se le autoriza volver a Francia. Dubois de Saligny, ministro francés en México, se convierte en el único plenipotenciario. Lorencez, promovido



a general de división, es nombrado comandante en jefe de las fuerzas militares. Se envían nuevas tropas. Una nota en el *Moniteur,* periódico oficial del gobierno, indica que el convenio de *La Soledad* queda "desaprobado".

*
* *

En la apertura de la sesión parlamentaria, el 27 de enero de 1862, el emperador, en su discurso al cuerpo legislativo, anunció que se había emprendido una expedición a México de acuerdo con Inglaterra y con España para obtener reparación de los daños causados a los residentes franceses. Estando en sus principios el asunto, le pareció a la opinión parecido a otras demostraciones emprendidas en las mismas condiciones y a las que no se les había concedido sino una distraída atención. Se recordaba apenas la intervención de 1838 que había arreglado el altercado entre Francia y México.

Sin embargo, se hicieron escuchar dos voces desde ese momento, dos voces que expresaban inquietudes: la de un miembro de la mayoría, Aquiles Jubinal. "Si vamos a México colocándonos entre los vulgares conspiradores... para derrocar allí a un gobierno libre, e imponerle a una nación que no depende sino de ella misma una forma de gobierno cualquiera, me permitiría preguntarle al gobierno en qué se convertiría ese gran principio de la no intervención que ha proclamado y defendido dondequiera. ¿Le reprocháis a México sus revoluciones? Dicho sea sin burla en nuestros setenta últimos años, ¿no hemos visto sucederse una docena de regímenes? ¿A título de qué iríamos a atacar a un pequeño y pobre pueblo arrojado más allá de los mares, hasta el cual se extienden como un eco lejano los principios que han fundado nuestra gran nacionalidad? El gobierno actual es un gobierno regular; Juárez es el amo incontestable; ninguna ciudad protesta, no hay rebelión. Dadle tiempo para que se afirme y os pague". Si Jubinal se expresa en un francés mediocre, tiene sin embargo el lenguaje del buen sentido y de la prudencia. Lenguaje siempre molesto para el que quiere lanzarse a la "gran" política.

El representante de la oposición, Julio Favre, formula a su vez críticas no menos razonables: "El objetivo de la expedición no es el cobro de deudas cuyo pago se rehúsa. No se le hace la guerra a un Estado para obligarlo a pagar sus deudas". Por lo demás, dice, las costas, en este caso serían mayores que los créditos reclamados. "Juárez no se rehúsa a pagar; sólo pide tiempo. Bastaría para obligarlo, si esto fuere

necesario, adueñarse de las aduanas de Veracruz y Tampico. No váis, pues, a México como acreedores; váis como invasores para entronizar por la fuerza y contra el derecho de gentes a un archiduque austriaco..."

Así, la mayoría y la oposición están de acuerdo. Ante esta coalición, el ministro Billault, en la sesión del 13 de marzo de 1862, declara que Francia va a México para imponer el respeto de sus nacionales y la ejecución de compromisos aceptados y no mantenidos. Nada más va a esto. De ninguna manera se trata de poner sobre el trono a un archiduque austriaco. Los oradores quieren hacer creer en una guerra ilegítima, quieren hacer pasar a nuestros soldados por "instrumentos de una intriga". Nuestras tropas, afirma, se dirigen a México (D. F.). Ya deben estar allí.

*
* *

La emperatriz continúa apasionándose por el asunto mexicano. Cerca de ella, Hidalgo monta guardia, apartando a todos aquellos que pudieran darle consejos de prudencia.

Eugenia estudia, y resuelve, todas las cuestiones financieras que se le plantean al nuevo imperio, las garantías que deberá obtener. Es ella quien empuja a Napoleón, a fines de diciembre de 1861, a entrar en relaciones directas con Maximiliano. Una correspondencia personal permitirá, según cree ella, allanar las dificultades y alcanzar más pronto el objetivo. Ella misma va a entablar relaciones epistolares seguidas con Carlota. A partir del 14 de enero de 1862, Napoleón se compromete en su primera carta a Maximiliano, a hacer "todo lo que de él dependa para facilitar la realización" del proyecto mexicano. Aprueba "las ideas" que Maximiliano ha tenido a bien comunicarle; se declara "impaciente" por saber cómo irán las cosas en México; "envió de nuevo seiscientos zuavos allá". Se felicita de ver al archiduque a la cabeza "de una noble y gran empresa" cuyo éxito está asegurado por las cualidades personales de éste y por la consideración de que goza la ilustre casa a la que pertenece. "Jamás una obra será más grande en sus resultados. Porque se trata de arrancar todo un continente de la anarquía y de la miseria, de darle ejemplo a toda América de un buen gobierno, y finalmente de levantar, frente a utopías peligrosas y sangrientos desórdenes, la bandera monárquica, símbolo de sabia libertad y de amor sincero al progreso". Tal es la visión mexicana de Napoleón, en todo semejante a la del joven Luis Napoleón, cautivo.



El emperador le encargó al general Almonte entregar su carta al archiduque. El mexicano residirá unos días en Miramar y a poner a punto, con Maximiliano, un proyecto del gobierno sobre el modelo del gobierno francés, que comportaría un Senado, una Cámara de los representantes y un Consejo de Estado. Se crearía un ejército de diez mil hombres; entre tanto, las tropas francesas permanecerían en México. En cuanto a los problemas religiosos (se contaba con hacer un préstamo de cinco millones de dólares sobre los bienes todavía no vendidos del clero), monseñor Labastida, arzobispo de Puebla, invitado él también a Miramar, hablaría de ello directamente con el Papa. Arrojado de México, vivía en Roma, y era de los que preveían grandes dificultades para establecer un nuevo régimen. Sin embargo, arrastrado por su amigo Gutiérrez, y muy deseoso de ver restaurar la religión católica en su país y el retorno de los obispos expulsados por Juárez, aceptó encargarse de las negociaciones con la Santa Sede.

Maximiliano, al presente, se rehúsa ya a escuchar las voces hostiles al proyecto mexicano. Metternich, siempre escéptico, ha prodigado las advertencias, y Rechberg ha puesto ante los ojos del archiduque toda la correspondencia relativa al asunto. Pero en vano. Las voces de Napoleón y de Gutiérrez son más fuertes.

Por su parte, Carlota, en una carta del 22 de junio de 1862, carta que Almonte debe enviarle a Eugenia, le da las gracias a la emperatriz por interesarse en la causa de la religión católica perseguida. Desde ese momento no cesarán los dos soberanos de mantener correspondencia, abordando de una y otra parte todos los asuntos políticos, económicos, financieros, militares y religiosos.

*
* *

Se inició el asunto. Provoca remolinos más y más violentos a medida que se precisa, a medida que entra en la fase de las realidades. Suscita celos, desconfianzas, aversiones. Los principales interesados, los mexicanos, están divididos. El general Almonte se ha ganado el favor y la estimación de Napoleón III. Muy justamente, porque es un hombre leal, íntegro, dedicado, y además, sensato. El emperador decidió enviarlo a México con el general de Lorencez, para preparar el advenimiento de Maximiliano. Éste, después de haber visto a Almonte, después de haber conversado con él acerca de la futura cons-

titución mexicana, lo designa con Santa Anna antiguo presidente de la república y monseñor Labastida, como miembro de la regencia provisional. Lo que suscita el furor de Gutiérrez de Estrada.

Para éste, México es cosa suya, su propiedad. No soporta que otros se mezclen en este asunto. Le escribe, pues, a Maximiliano para ponerlo en guardia contra Almonte a quien acusa, simplemente, de querer tomar el lugar del archiduque. Para limitar la acción de Almonte y para reforzar su posición personal, se dirigirá directamente a Napoleón III. Solicita una audiencia que obtiene con dificultad para el 16 de enero. Su esperanza secreta es substituir a Hidalgo del que está muy celoso, en la intimidad de la corte imperial. Desconfiando Hidalgo, lo ha mantenido siempre aparte, deseando conservar para él solo el privilegio de acercarse y de mantener informado al emperador por medio de la emperatriz. Pero Gutiérrez se verá frustrado en sus esperanzas. Les expone a los soberanos franceses ideas a tal punto reaccionarias, que Eugenia le declara en seguida a Hidalgo que México se creería vuelto a los tiempos de la Inquisición si se aplicara allí ese programa. Encantado, Hidalgo se apresura a hacerle conocer a su compatriota la impresión producida en la emperatriz. Gutiérrez experimenta vivo rencor por su fracaso: "Parece haber una conspiración contra mí", le escribe a Maximiliano.

Miramón, antiguo presidente conservador, representa una tercera tendencia. Para él, la monarquía no tiene ninguna probabilidad en México, y teme más que todo "a los salvadores" que, en Europa, testimonian una actividad juzgada peligrosa por él. Eugenia, que no lo quiere, teme que Napoleón escuche esa voz igualmente autorizada. El emperador no recibirá a Miramón.

Pero las desconfianzas no se encuentran solamente del lado mexicano. Maximiliano, subyugado por Gutiérrez, sentía inquina por todos los que no le otorgaban a éste una confianza absoluta. Y sobre todo por Metternich y por Rechberg, culpables a sus ojos de incitarlo a la prudencia. Para apartarlos, trató de obtener de Francisco José la autorización de tener un agente especial para los asuntos de México, a fin de no pasar ya por Metternich.

Sin embargo, Europa empieza a conmoverse. El embajador de Prusia en Hamburgo, antiguo ministro de Prusia en México (D. F.), gran conocedor de las cosas mexicanas, afirma que Europa no tiene por qué mezclarse en los asuntos de aquel país. Desde Madrid, el conde Crivelli subraya los peligros de



tal expedición. El gobierno inglés guarda gran reserva. En sus cartas al embajador inglés en Viena y en sus conversaciones con el embajador de Austria en Londres, lord John Russell no tiene reparos en decir crudamente su manera de pensar. Se admira de que Austria pueda considerar seriamente un proyecto de este género. Para él, nada de bueno podrá salir de una intervención de gran envergadura. Un gobierno constitucional y monárquico no podría contar sino con el apoyo de las tropas francesas. Si el apoyo extranjero llegara a faltar, "el soberano podría muy bien ser arrojado por los republicanos". Este proyecto "quimérico" le parece haber nacido de las ilusiones mantenidas por los mexicanos de París "reputados de tener cálculos no fundados sobre la fuerza de sus partidarios en su país natal, y por la extravagancia de sus esperanzas de sostén" (25 de septiembre de 1861). Inglaterra "dejará ir las cosas y mantendrá el principio de no intervención". No es hostil a la candidatura del archiduque, y no pondrá obstáculos si el pueblo mexicano expresa el deseo de tener a éste por soberano. Pero lord John Russell duda "firmemente" de la existencia de ese deseo.

*
* *

La guerra civil de los Estados Unidos de Norteamérica empezada en abril de 1861, alentó a Napoleón III a intervenir en México. América está en esos momentos muy absorbida por la lucha interior, para ocuparse por lo que sucede fuera de sus fronteras, le escribió a Flahaut. Los españoles opinan lo mismo. Urón, el ministro de España en París, piensa que el debilitamiento de los Estados Unidos de Norteamérica da ocasión de establecer una monarquía en México. La reina Isabel sueña en conquistar nueva gloria en América. Collantes está de acuerdo, pero ve sobre el trono a un príncipe de la casa de Borbón, lo que estaría conforme, dice, con las tradiciones históricas y con los lazos existentes entre México y España.

Pero a partir de septiembre de 1861, Seward, secretario de Estado de los Asuntos Extranjeros de la Unión,* hace saber que su gobierno actuará en México, si es preciso. Prueba de esto, es una carta de Juárez a su ministro en Washington, Matías Romero: "Las palabras de Mr. Seward que me transcribís son extremadamente agradables para México, y puesto que existen

* La Unión: los Estados del Norte. La Confederación: los Estados del Sur.

tan buenas disposiciones, a vos os toca estimularlas a fin de que, en caso de apertura de hostilidades, los Estados Unidos de Norteamérica tomen la parte que les incumbe, en razón del interés continental que tienen en este asunto..."

Y desde principios de 1862, el embajador de Austria en Washington discierne el riesgo que correrán las potencias si se lanzan a una intervención. La Unión observa con ojo vigilante lo que sucede en México. Corwin, su representante en México (D. F.) tiene al corriente de todo al secretario de Asuntos Extranjeros Seward. En febrero se declara aún incapaz de decir con certeza si las tres potencias emplearán la guerra para obtener satisfacción. En marzo, Seward juzga necesario declararle sin rodeos al embajador de Prusia que ciertamente surgirán conflictos entre los Estados Unidos de Norteamérica y las potencias que sostuviesen una monarquía en México. Desde que sabe que Maximiliano ha aceptado la corona, envía una nota a los representantes de los Estados Unidos en Europa. En esa nota, indica la posición de Washington: un soberano extranjero en el país y establecido en México por fuerzas militares extranjeras, no tiene ninguna oportunidad de durar. Habiendo adoptado el continente americano la forma republicana después de haber luchado por liberarse de la tutela europea, rechazaría la instauración de una monarquía bajo un príncipe venido de Europa. Ya en 1847, cuando la anexión de Texas, el general Scott había prevenido a los mexicanos "Hay entre vosotros un partido monarquista. Si toma cuerpo, lo aniquilaré".

Cuestión de principios, pero también de interés. Los Estados Unidos de Norteamérica no pueden soportar un gobierno fuerte y estable en México. Las disensiones internas y las luchas que desgarran a éste y lo debilitan, le sirven muy bien a un vecino poderoso y ávido que ya ha absorbido una buena parte del territorio mexicano, Texas en 1845 y California en 1848. Un vecino que juzga ventajoso dominar a un país de extrema riqueza, pero demasiado dividido para explotar él mismo todos sus recursos.

*
* *

El archiduque permanece sordo a las advertencias. No ignora la actitud de Europa, ni la de los Estados Unidos de Norteamérica. Rechberg lo tiene al corriente. No les concede el menor crédito a las noticias desfavorables, como las dadas por



un periodista inglés que, habiendo ido al lugar de los hechos, había publicado en el *Times* el resultado de su encuesta sobre México: una nación podrida donde reinan el robo y la corrupción entre los funcionarios desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala; en donde no existe incluso ni la sombra de una idea liberal; en donde la ignorancia es general. A sus ojos, Maximiliano y Carlota están "mucho muy bien" para tal país.

Pero Maximiliano no escucha más que a Carlota y a Gutiérrez de Estrada. Uno y otra lo empujan apasionadamente: Carlota, que se aburre en Miramar, aspira a reinar, a desempeñar un gran papel, a salir de aquel medio austriaco al que siente hostil, desdeñoso, desconfiado. En cuanto al mexicano, ejerce sobre él una influencia "casi hipnótica". Él mismo ha llegado a colocarse tan bien en el papel de su personaje, que al presente, no sin alguna impaciencia, sospecha las intenciones de Napoleón III. "Según creo, el emperador Napoleón quiere dominar en México sin aparentarlo, y en Europa quiere hacerlo directamente. Para este fin, ha propuesto a un príncipe con cuya absoluta abnegación cree poder contar, y a quien siempre podrá tener bajo su influencia, puesto que verá en Francia al único sostén de su trono", le escribe a Rechberg (28 de febrero de 1862).

Ya se rebela contra lo que considera una tutela de Napoleón III. Cree poder hallar un apoyo seguro en el clero, muy poderoso. Le ha hecho un llamado al Padre Santo. Monseñor Labastida lleva a Roma una carta donde Maximiliano pide autorización para tomar una hipoteca de cien millones de francos sobre los bienes del clero, el retorno a su país de los obispos mexicanos, el envío de un nuncio a México y la ayuda de la Santa Sede para reformar las costumbres corrompidas de cierto número de sacerdotes. Se le da una respuesta en conjunto favorable, casi dictada por otra parte por monseñor Labastida, porque Pío IX ignora todo acerca de la situación que priva en México y se atiene al obispo.

*
* *

El 4 de marzo de 1862 llega a París el primer informe del general Lorencez. Éste expone la situación con seguridad. Estima que las conferencias no llegarán a nada. Únicamente el ejército es capaz de imponer una solución. "Marcharemos hacia adelante, llegaremos a México (D. F.) y el príncipe Maximi-

liano será proclamado soberano de México, donde su gobierno firme y prudente se mantendrá fácilmente para la felicidad y la regeneración del más desmoralizado de los pueblos". El emperador y el archiduque que no piden más que creerle, juzgan autorizadas todas las esperanzas.

A su llegada, Lorencez, que acompaña a Almonte, supo lo del convenio de La Soledad, y viendo a la bandera mexicana al lado de las banderas aliadas, experimentó sorpresa mezclada de irritación. Critica en términos demasiado vivos el tratado, lo que los ingleses y los españoles toman muy a mal. Éstos por otra parte tienen otras quejas: Almonte se jacta de ser el enviado de Napoleón III y encargado por él de preparar el establecimiento de Maximiliano. Sir Charles Wyke, representante de Inglaterra, y Prim, representante de España, se oponen a la partida del general Almonte para México, temiendo que tome el mando del gobierno. Por otra parte, Juárez les pide a los aliados que le sea enviado el "traidor" Almonte que ya negocia con algunos generales enemigos de Juárez.

Reina el desacuerdo más completo entre las tres potencias. Para intentar ponerle fin, tendrá lugar una conferencia el 9 de abril; así se ha decidido. Tendrá lugar en Orizaba algunos días antes de las conferencias con Juárez, fijadas para el día 15.

Entonces estallan las divergencias abiertamente entre los aliados. Las acusaciones fueron de tres lados. Inglaterra y España acusan a Francia de proteger en suelo mexicano a ciertos elementos que le sirven a su política. No tiene ese derecho, afirman. Tampoco tiene derecho a cambiar el régimen de México. Un altercado enfrenta a Dubois de Saligny con Prim, reprochándole el primero al segundo querer tomar para sí mismo el poder. En cuanto a Charles Wyke, que, por debajo de la mano, negocia con Juárez, declara que la monarquía no tiene ninguna oportunidad de éxito, y que el pueblo, en su mayor parte, sigue al presidente.

Se desvanece toda esperanza de entendimiento. La noche misma es cosa hecha la ruptura de la conferencia. Puesto que ha sido imposible fijar sobre cualquier punto una política común, cada uno tomará de nuevo su libertad de acción y actuará a su guisa. El 24 de abril ya no hay un solo soldado español en México, excepto los numerosos desertores que se enrolarán primero en la contra-guerrilla de Stocklin y luego en la de Dupin. Francia permanece sola. "Gracias a Dios, exclamará la emperatriz al oir la noticia. Ahora estamos sin aliados". La empresa mexicana se convierte en un asunto exclusivamente francés.



Sin embargo, incluso en el seno del gobierno imperial, suscita inquietudes esta aventura. El mariscal Randon, ministro de Guerra, ve en ella "una tarea difícil y de extremada imprudencia a tal distancia de nuestras fronteras". Se cree obedecer a los intereses más serios de Francia, detener la expansión anglo-sajona, abrirle mercados nuevos al comercio. Todo esto es hermoso y bueno, y estas ideas son grandes. Pero no tienen más que un defecto: son impracticables.*

*
* *

Desde Orizaba, en marzo de 1862, el general Prim, inquieto por el giro que tomaban las cosas, le había escrito a Napoleón para advertirle de los peligros de una política de intervención. Para él, su convicción profunda es que no hay sentimientos monarquistas en México. La vecindad de los Estados Unidos de Norteamérica y la severidad rigurosa de esos republicanos contra las instituciones monárquicas han contribuido grandemente a crear contra éstas un verdadero odio. Además, los jefes del partido conservador que acababan de desembarcar en Veracruz, al declarar que bastaría consultar a las clases acomodadas, excitaron aprensiones y temores. "Le será fácil a Vuestra Majestad conducir al archiduque Maximiliano a México (D. F.) y hacerle coronar —concluye Prim—. Pero el

* Luis Felipe, ya lo hemos dicho, se había hallado ante una situación casi parecida en 1838. Había tenido lugar una demostración ante Veracruz. Pero el almirante Baudin había limitado el asunto prudentemente. "Sólo una gran expedición, le escribía a Dupin, podría poner bajo el yugo a una nación de nueve millones de hombres cuya capital no es una ciudad marítima y cuyo comercio íntegro se efectúa por medio de navíos extranjeros; y como juzgué que la prolongación del bloqueo, que es casi ilusorio, no haría más que aumentar fuera de toda medida los gastos e irritar cada vez más contra nosotros a las naciones que sufrieran por este estado de cosas, y a los mismos mexicanos, sin traer ninguna solución, escogí la ocasión para llevar a cabo una paz *ventajosa y honorable* para Francia. Únicamente la hice evitándoles humillaciones a los mexicanos, humillaciones que su orgullo nacional hubiera rechazado con una obstinación y una energía completamente castellanas. En los asuntos, *es necesario no querer sino lo que es posible*. Tengo conciencia de haberle hecho un servicio al país terminando su querella".

Baudin añade: "Estaba autorizado para hacer todo lo que hice, pero de todas maneras lo hubiera hecho aun cuando no hubiese sido autorizado para ello".

(Carta del almirante Baudin a Dupin, 24 de agosto de 1839).
Pertenece a las autoras.

día en que les falte el apoyo de Vuestra Majestad, ese monarca no podrá mantenerse..."

Advertencia inútil. Napoleón III mantenido en sus ilusiones por los mexicanos y también por su representante en México, Dubois de Saligny, lo está al presente por el general De Lorencez: "Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad, que ruego a Vuestra Excelencia (el mariscal Randon) decirle al emperador que desde este momento a la cabeza de sus seis mil soldados, soy el amo de México... Estoy cada vez más convencido de que la monarquía es el único gobierno que le conviene a México, y estoy seguro de que en muy pocos años este país bien gobernado gozará de una prosperidad inaudita..."

Con tales consejeros, ¿cómo no persistiría Napoleón en sus designios, en lo que uno de sus ministros, Rouher, llamará "el gran pensamiento del reino"? Poco antes le había escrito a Maximiliano para asegurarle su constancia en el esfuerzo, cualesquiera que pudiesen ser las circunstancias. Espera mucho, dice, del efecto moral que habrá producido la llegada del general de Lorencez, porque, "según todos los informes que recibo, tanto se detesta a los españoles cuanto se ama a los franceses..." Hará todo lo que esté en su poder "para el éxito del plan que hemos concebido". Pero, al presente, Maximiliano duda.

*
* *

Maximiliano se siente un tanto conmovido. Rechberg no falla nunca en darle parte de las dificultades que presenta el proyecto mexicano. Tuvo una conversación en febrero con Motley, el representante de la Unión en Viena. ¿Cuál sería vuestra actitud en caso de que se instalase en México un gobierno monárquico?, preguntó. La respuesta fue neta, brutal. "Una oposición general e intensa".

No obstante, el archiduque sigue afirmándole a Gutiérrez de Estrada que, a pesar de las disensiones de los aliados, no retrocederá. Pero no obstante decide partir para Bruselas con Carlota a fin de consultar a su suegro. Entre tantos informes contradictorios, ¿quién podría aconsejarlo mejor que el viejo rey, tan prudente, tan lleno de experiencia? Leopoldo recomienda prudencia. Es necesario, dice, esforzarse en conocer la verdad y, en todo caso, mantenerse en la reserva. Para sus adentros piensa que sería algo magnífico si la empresa tuviese éxito. Un Coburgo no renuncia fácilmente a un trono.



Sintiéndose seguro con este consejo, Maximiliano piensa que más vale no ir a París por el momento. Esto lo comprometería mucho. Renunciará, pues, aunque desolado, al "deseo de su corazón" y se abstendrá de visitar a Napoleón III. Pero hace votos "porque los negocios, tomando un giro más claro", le permitan realizar su deseo.

Sin embargo, la situación se complica. Se sabe en Europa el fracaso de las conversaciones de Orizaba y la ruptura de la convención de Londres, lo que provoca cierta emoción. Por otra parte, el presidente Lincoln ha hecho una declaración categórica: los Estados Unidos de Norteamérica no soportarán ninguna violación de la doctrina Monroe. Queda hecha la advertencia. ¿Pero se conocen bien en Europa los términos del mensaje que en 1823 el presidente James Monroe le dirigió al Congreso de los Estados Unidos? "Dadas las condiciones de libertad e independencia que los continentes americanos han conquistado y mantenido, no deben ya ser considerados como susceptibles de ser colonizados en lo porvenir por ninguna potencia extranjera. En lo porvenir, toda tentativa de parte de las potencias europeas para aplicar su sistema político en cualquier parte que sea del hemisferio occidental, será considerada como peligrosa para la tranquilidad y la seguridad de los Estados Unidos. Ninguna expansión de esa clase será considerada con indiferencia..." Parece que no se le concede casi ninguna importancia a esa declaración.

Maximiliano, a pesar de las circunstancias favorables para un retiro de su candidatura, no se decide, como lo quisiera Rechberg, a volverle a Napoleón su libertad de acción. No se decide a rechazar esa perspectiva de imperio que, a pesar de todo, ejerce sobre su espíritu una especie de fascinación. Se resigna, sin embargo, a instancias de Rechberg, a escribir una carta que le transmitirá Metternich al emperador de los franceses. Una carta que le cuesta mucho trabajo (18 de mayo de 1862), con tachaduras, sobrecargada de correcciones. Es cierto que es difícil de escribir tal carta, porque Napoleón III es susceptible. Expresa sus inquietudes a propósito de la ruptura de la convención de Londres. ¿Cuál será la conducta de Inglaterra, el comportamiento de los Estados Unidos de Norteamérica? ¿Qué medidas cuenta con tomar el emperador para la protección de la futura monarquía? ¿Cómo enfrentarse con el porvenir si una de las dos potencias catalogadas marítimas se retira?

Continúa, pues, considerando al imperio mexicano como un hecho adquirido. Sin embargo, con Rechberg tiene un lenguaje mucho más reticente. Para complacerlo llega hasta